

Leonor García Hernando



Tangos

Tangos del Orfelinato
Tangos del Asesinato
poemas

colección Mascaró

Leonor García Hernando



Tangos

Tangos del Orfanato
Tangos del Asesinato
poemas

colección Mascaró

Tangos del Orfelinato
Tangos del Asesinato
poemas



LEONOR GARCÍA HERNANDO

Tangos del Orfelinato
Tangos del Asesinato
poemas

© 1999, Leonor García Hernando

Foto de Tapa: Marcelo Montecino

El libro en papel se realizó gracias a la generosa colaboración
del Fondo Nacional de las Artes.



TANGOS DEL ORFELINATO

No hallarás nuevas tierras, no hallarás otros mares.

La ciudad te seguirá. Vagarás por las mismas calles. Y en los mismos barrios te harás viejo; y entre las mismas paredes irás encaneciendo. Siempre llegarás a esta ciudad.

C. P. CAVAFIS

si el desastre fuese pudoroso conmigo,
yo sería. pudorosa con él, supongo
pero siendo así las cosas, yo también soy lujosa.

Tener y no tener sería la novela de mi
pasión rota de lencería, inundada puntilla del corazón,
Tener y no tener

si esa rubia de peinado violento sonriera
con menos placer, la vida sería, en fin, menos canalla
la camisa que la cubre de seda blanca no mejora un paisaje
de lenta desviación
y al fondo del mostrador, rancio, con anillo de sello en el
anular que se hunde en ceniza, un hombre mira a su
acompañante

Mejilla a mejilla sería la novela de mi
pasión

cheek to cheek cantaría mi novela la
voz de Sarah.



caricia de tu mano breve
el placer, el desdén, el vínculo perverso que retiene a los
desdichados en la pecera del abrazo
breve
el clima de la fiesta se pierde como aguas de riego entre las
frangas del balcón.
La fiesta se apagaba
era el vientre de un insecto luminoso que se sostuvo un
instante en el aire que encierran las manos de un niño

breve Tangos del orfanato.



el cabello cortado a navajazos sobre la
frente
y el largo paredón de la curtiembre para que los ojos
miren agrandados en la delgadez del rostro
sombra de las niñas expósitass sobre los
pómulos
soy la que mira con insistencia caer los granos de sal
sobre la babosa que se disuelve en las baldosas del patio
ahuyentar con la mano esos rotos
mechones que molestan la frente
soy la dejada con una manta en los hombros la tocada
por la sospecha

me querías pecadora? Yo te daré indolencia
semejante al destierro.



__ esa blanda extensión de campo se ve
desde la curva de la ruta
murmurada en ajustados labios, estas palabras que a
nadie atraen, que nada piden como otra respiración.
Un alambre corta la planicie delgado arpón clavado en
un horizonte esquivo temblores en un páramo errado.
Se escucha rasante el quejido de los motores, exigidos por
una velocidad que es pánico
el pedregullo salta en la banquina escasa magros fuegos
de artificio que se extinguen en lo que tarda un camión en
recorrer la curva con su acoplado de bestias para entregar
a los matarifes
una palabra murmurada en ajustados labios

pronto la sombra apretará la tierra

desaparecerá el campo y las tenues flores de alfalfa en la
intemperie cenizas que el viento afloja
bocina atónita en el desvío de un muelle de cal
¿seré tan triste como esa palabra que en
mi boca se retuerce como un lagarto blanco?
rosa de piedra en la boca de un lastimado

cenizas en la curva.



y ella dijo: __ avanzar en la noche de
pasillos circulares con una vela en la mano.
A veces, un escalón de piedra me hacía tropezar hongos
de un rosa viejo, cicatrices
y después esa carpa de lona junto a las vías, un llanto de
animales atados, la ráfaga con un quejido de ruedas
girantes en carriles helados.
La noche era hundida como un balde en un pozo.

Temblorosa llama. Las gotas de sebo impregnaban el
vestido de viyela gris

era triste entonces?. Era descalza en un
corredor con su extrema claraboya cayendo en el
descampado?.

Supongo la mirada extraviada en una noche al fin plana
sobre el pastizal
y el miedo como una respiración en la nuca rapada

Atardecía cuando me cortaron la trenza. Cayó circular
al canasto.



el devoto paso de los animales a las
aguas.
En plástica humillación, ese recorrido elude todo infierno.
Ellos están mansos en su olfato. Conocen su deseo como
nosotros las marcas de la frente

una tensión de bestias en el polvo
y las lenguas pesadas, entregadas al paisaje que aguarda.

La huérfana soy yo entre los animales
que embisten empecinados.

La huérfana soy yo sin mandato que
termine con la sed
soy la que está en el fuego de la estampida.

quizás en mi monedero sostenga,
remota, un arma pequeña, de dama, adornada con
incrustaciones de nácar

un instrumento cursi para matar.



un vestido de viyela opaca, con pespuntos
en los puños y el cuello que cae en envejecidos pétalos
bordeando la garganta. En la pechera también pespuntos
y botones de un menguado azul.

Para ese tablero agrio de escarcha
un derramado vestido en patios de invierno.

nada palpita en esta franja que la desidia
absorbe
una película que el ácido impregna
revelaciones en un ámbito negro



y después ese tiempo de convalecencia
el pabellón con una suave fila de camas de hierro frente a
largos ventanales

ir hasta los vidrios con un rengueante
camisón de franela cubriendo el deterioro

el campo es una helada curva hacia la ruta, el plateado
sonido de los álamos, portones movibles que separan
camiones tapados con lona, cortezas empalidecidas por la
cal, las líneas de alambre manchadas de ligustro
paisaje blanco espuma de la peste
el cartel de chapa se agita en la intemperie, como la
bandera de una patria se desparrama para cubrir el
cuerpo de sus tullidos

un amargo olor quemado desprende la
estufa con velas de loza entristecidas por el humo
las sábanas se derraman en los mosaicos
sin orden. El ventanal dilata un páramo de arcilla
empapada. Dibujos de agua adornan la tierra fría
ventanal de La Matanza

tengo mi zapato en la mano
de cordones apretando el cuero, de alta suela negra:
un zapato de invierno.

2

la taza debe parecer excesivamente
blanca en contraste con la boca pintada -- No deberíamos
acercarnos a objetos tan nítidos

envuelta la garganta por un extenso
pañuelo de gasa, todo rostro es más plácido y se esfuma
como una lancha en esa agua extrema donde el cielo deja
de fluir

no deberíamos acercarnos a objetos tan
nítidos
una taza un sobre en el que la lengua impone un
poder; las uñas esmaltadas de rojo y tres desnudas
cebollas en el mármol

no deberíamos acercarnos a esa brusquedad
del objeto que satura como un golpe

no deberíamos ser honestos en el terror.
Mejor palidecer como esa línea de álamos en la tormenta.
Mejor estar callada mientras la fiebre unta las sienes con
grasa de ciervo
mejor esperar a que las hojas del nogal apacigüen el sendero
de piedras rojas. Parques con una pálida herida de
mármol pierden su agua rara, lastimosa hundimientos
en la frondosa oscuridad.

no deberíamos acercarnos a objetos tan
nítidos.
Zonas que no conocen piedad.

2

ortigas quiere la desilusión ortigas en
canastos con tierra removida y la boca de mi padre
hablando de los muebles de entre los que me sacó

*“un remate, decía, de muebles rotos, sucios,
desclavados. Ahí estabas dormida y te compré”*

_ ¿cuantas monedas, papá, quitaste de tu chaleco para mí,
por mí?

“pocas, hija, pocas”

_ ¿debo entonces unas monedas eternas?

el murió hace ya 6 años. Un hombre
viejo, rencoroso. Pasaba días sin afeitarse.



como si un hombre entrara a una habitación
y encontrase el brillo de un animal hundido entre
bambúes agudos
y la respiración de lo que sufre fuese el deshacerse de un
papel que el fuego consume entre los dedos
y la mujer __ ese animal enfermo __ pidiese agua con los
labios abiertos hacia la noche que es tinta en los vidrios de
la ventana

como si un hombre entrase y cerrara tras
de sí la puerta.

El hombre se completa afirmándose en una herida que
sabe vulgar

la susurrante erótica es sólo ese estorbo entre bambúes.



un cuerpo lastimado está tendido, boca
abajo, sobre mi pecho. Un calor de sangre se derrama en
mis piernas el calor de un cuerpo que olvidó la
vanidad y sólo descansa

el desdén muerde del corazón como de
una escudilla el perro de la casa. La rotura que la lluvia
hizo en el techo está sobre mis ojos

si se dilata luz que el foco arroja, ya no
tendré verdad, ni mentira

el pudor requiere de tenues construcciones.



de aquel hombre no le creo la herida.
Cuando la cicatriz estire una línea de escurridizos bordes
llameantes
tampoco creeré su herida.

¿por qué confiar?. Si yo hubiese sido así
lastimada, a nadie le daría una verdad
ni daría dátiles. No le daría nada a nadie.

los desesperados no son confiables. Sería
un idiota el que arriesgara por mí su moneda. Sería un
encandilado por el quejido por el frenesí del que ruega
calmantes con labios blancos.

no hay gloria ninguna en la mutilación
ya no creo en heridas. No creo en la sangre derramada.

El viento se retuerce entre altos pastos. Los jugadores de
cartas miran sus diamantes y saben que es poco.

Las aguas turbulentas golpean ventanas opacas, de
vidrios empañados por un aliento roto y esa mirada
desvalida del que perdió, se entierra en mi garganta como
una respiración intrusa.

de su herida no es cierto el tajo ni el
olor de la gangrena ni la navaja que como un pez sutil,
ha quedado en el acuario negro de mosaicos.

Sólo esa manera de aproximar el cuerpo
al lavatorio, de raspar con una esponja la falta, tiene algo
de verdad

y no es amor lo que pierde la herida,

no es la fatalidad de una pasión insensata.
Es sólo sangre.



El gesto que con la mano en alto, los dedos molestando
el aire, dice adiós
es el gesto de las mutaciones
devorado por la intensidad de los aviones que cruzan la
pista.

No volveremos a estrecharnos las cabezas desnudas
bajo la ráfaga.

No volveremos.

Somos el desesperado giro del insecto tocado por el
veneno.



y ella dijo: __ sueño y desorden. La noche
me da estos frutos porosos.

No me quejo del azar.

No me quejo del llanto de los animales atados,
ni del hambre de la noche que come los objetos y los hace
carne de su oscuridad

y ella dijo: __ se supone que hay algo
pesado en mi corazón.

Mis piernas son blancas, sin solear y de una pereza que es
la turbia apariencia de la sangre.

Se me supone iluminada de frialdad y de astucia;
en el desorden pero estéril,
acabada por un aprendiz que hizo lo que pudo.



y ella dijo: __ no verás las hiedras de la
inquietud,
ni de las piernas ese luto de medias retornar su lento flujo
hacia los tobillos
del corazón su aspecto de cuchara de alpaca no será para
que te ofrezcas como un moho
ni dejaré el cabello caído como otro rastro de sangre en la
madera.



estoy rota de asperezas. Conocer la
trampa adelgaza los tobillos en la maleza. La belleza del
iluso es promiscua entre dientes. La sangre confunde
se vive de devoraciones. Se vive de pobres resultados
si la tensión entre sorpresa y desilusión
fuese otra, ¿qué haríamos recorriendo el cementerio de
automóviles?

Paseamos entre el engarce lujoso de viejas carrocerías,
cuerpos que la velocidad arrojó entre chatarras flores
consagradas de herrumbre y menstruación blancos
crecimientos de corpiños y faros pedazos de lo que el
clima agotó.

Sin responsabilidad se podría repetir la historia del
crecimiento desde la medias embebidas en callejones de
adobe y lluvia.

y ella dijo: __ todavía rastreo la rotonda
donde se desmayaban los ómnibus, sus macabros olores a
comida y abandono y la triste acumulación de diarios
junto a la chapa.

Nacimos para retroceder hasta este lugar de encono.
Algo del humillado deslizarse del escarabajo sobre
acumulaciones de turba.

Esa musiquita que supura el altoparlante del parque,
me puso enferma estoy de tobillos torcidos, de lenguaje
errado y vamos hacia la intensidad de una pared que fue
azul y ahora es ceniza fría

el relato de estas heridas
unos pocos objetos devorados con nosotros; amantes y
escombros
y crónicas de los cuerpos desnudos en las zanjas.



y ella dijo: __ mira el desorden en el
espejo. Es mi rostro ese paisaje de arcillas húmedas, esa
confusión de ramajes en la niebla.

Quítame ese miriñaque bajo la camisa de viyela gris
quítame el deseo los amargos brotes del ligustro
quítame los párpados y que la tierra pese sobre los ojos
hartos

__ y después nena ¿vas a callarte?

y ella dijo: después si me quitas el deber
de apartar los labios y respirar,
si me quitas el orgullo de la frente,
si me deshaces como a una rosa manoseada por un enano,
si me haces daño sí, por favor, repite ese bolero
quítame la vida huérfana y todavía arrastraré mi
mano para que la sientas fría sobre tu vientre.



y ella dijo: __no la dejes pensar
permite que la caja negra se hunda en aguas
no la dejes arrimarse a las palabras como a
un terreno anegado.

Ellos tienen el cierre de las braguetas abiertos y pierden
credenciales con números errados

¿qué juego están haciendo?

no se llevan las avispas que andan en los frutales
y los muñecos de felpa no duermen en los parabrisas
reventados

está anocheciendo en Austria pero ella no
debe pensar; no debe abrigar sospechas sobre botellas
caídas en el mármol

y ella dijo: __son pasajeros en un taxi. No la dejes hablar.

Ellos protegen su locura con bocas vestidas
¿quién es ella para olfatear al animal que se
agita?

los desolados arriman sus frentes en el vacío
y la vida es esa cruel mirada femenina sobre las manos
que tiemblan.



TANGER

*puerto al norte de Africa
prostíbulo al sur de Buenos Aires*

animales del desierto
huesos de la noche helada en arenas inmensas brillan
como rústica nieve
insisten en blanquear en la noche esférica
alucinan como gasas de hospital caídas en un balde eterno
animales de la pobreza
huesos de fósforo frío fulgor de lo que inmóvil envejece
con una acumulación intensa de desprecio
una lepra del paisaje que el “pampero” raspa,
animales del ardor
espinazos de un agua consumida y la luna astillada como
otro hueso en el cielo seco

Tanger animales del prostíbulo
el puente pesado de camiones y reses que pierden su
sangre trágica en la velocidad
animales del calor que fermenta
del invierno que rasura las uñas con espuma rancia
animales del desorden
de lo que espantado, exige de los bordes otra dulzura que
no está
animales de presa de largos cuellos

dóciles, de gruesos hocicos ávidos
huesos de la belleza
lo que dura en la intemperie vasta y alumbra los túneles
con los lánguidos tallos de luz de las antorchas
huesos frágiles
animales del pudor de enrojecidos
pómulos silvestres, de cielos ingravidos sobre pastizales
mansos
animales de la infancia en Tanger
en los focos purpúreos frente a los espejos
ciruelo de flores nítidas
y esos hombres acodados a un mostrador que es humo
los ojos desbastados, ilusos la lengua como un naipe
pesado
hombres marcados contra muros blancos de hospicio
con una sed que calma el gin y otra sed que persiste como
una cicatriz
bajo las arcadas el cementerio de automóviles y esos
animales del desastre
con camperas de un hule agobiado
un perfume a violencia el pulgar sellando muslos
ceñidos en redes negras sentados perplejos en bancos
del lupanar

animales de Tanger.



ha sido una tarde espléndida sobre los
viejos plátanos que rodean la terminal de ómnibus
y ella dijo: __no hay nada bueno que empiece por ser una
herida.

No quiero esos obsequios miserables.

Era una niña de sienes desordenadas; una boca de
labios gruesos acurrucada y saliente como una cornisa
cuál era mi ofensa? qué perdería cerca de las lanchas
que derivan? qué perdón no alcancé entre cortezas
qué arrastrado manto, qué lunares y las palabras rarísimas
caídas en el umbral helado?

y ella dijo: __atardece con hojas de una pobre suavidad.

No es poco ser olvidado. Quedar como una cáscara en
el verano del agua estancada.

No es poco tocar la repugnancia de tu madre al mirarte
y saberse tan cercana al musgo, tan porosa y ataviada de
vendas.

La tarde mueve sus pliegues caballos de tinta que se
acumulan esta ilusión de porvenir y derrota

nadie despide mi cuerpo

nadie pone su lengua en mi vientre

no quitarán mi blusa en las sombras. Las suaves

construcciones de seda japonesa adherirán poco más que

azulejos salpicados de sangre

y ella dijo: __tenía una poética de lencería

qué hacer ahora con esas enaguas, esas caídas del satén en
los tobillos?

tantos pliegues el vestido de profundo escote para

bailar sobre baldosas frías el salón inmenso de tangos
donde he pedido
y me quitaron más y más
y todavía el pezón sobre el “cuore” lo han arrancado
tantos pliegues un borde marcado de encajes
mínimo telón para las piernas que se ocultan y aparecen
es tarde en las hojas que oscurecen impregnadas.

Oculto por un antifaz, podría acercarme a las carrozas
y collares de una palidez opaca, con sus lentos roces sobre
la herida; consumen el paisaje inestable de la fiesta.

Queda el desierto con su almendro de leche
y ahora, bajo los pliegues, el ancho cuchillo de cocina.



No tuve sueño. Otros dormían en largas camas despojadas.

Tardaba en regresar al Hotel para desnudarme.

Pude durar como un mostrador en el humo de la inocencia.

Había astillas que enganchaban las medias para dejarme suspendida como una araña de agudas patas violetas.

Había un pequeño ventilador sobre la mesa de luz y al rotar sus aspas, alguien murmuraba en la pieza qué olvidar? esa caja de víctimas que guardaba celosa entre enaguas esas adolescentes de acuario; sus delantales desperejados, arrugados en el encierro éramos bellas en el secreto de un cuarto agrio niñas de mí bajo la hiedra pobres fotos arrancadas del relicario familiar.

Alguien bajaba las escaleras y las maderas del pasillo se estremecían.

El calor se podía tocar como el cuello de un animal.

Sonreía estúpida en el espejo del armario como quien sella con lacre la carta que confiesa una infamia.

No dormía. No tenía sueño. Deseaba que un asesino me visite y tenía 20 años

¿por qué no me lastimaron con un cuchillo?

estuve alerta bajaban las escaleras pero nadie las subía por mí

un blando perfume de violencia se sacudía como un insecto.

No tenía perchas. La ropa que lavaba se acumulaba sin planchar.

Deseaba ser vaga y misteriosa. Sólo atinaba a desplegar las manos en el lavatorio enjuagando pañuelos.

El invierno era azul en la ventana alta. No había paisaje. Un vidrio helado era imagen de luz y de borrasca.



y ella dijo: __estuve ausente en esos días
de invierno.

Retrocede la sombra de la hiedra, como un culpable en el
porche oscuro

y ajena a la rejilla que traga las lluvias en el patio
estuve en otra parte. El mundo era vastísimo existía
otro rincón donde entregarme y allí estuve; sumida en
el temblor del acorralado.

Vuelve el verano como un animal lustroso y jadeante;
empecinado en embestir la puerta de mi casa
pero no estuve en los días de invierno. Necesito la helada
monótona, el brusco descenso de la luz.

y ella dijo: __mañana otra vez es tarde.

No estuve frente a la estufa cuando repetía sus simulacros
de fulgor. No estuve sobre el plato de estaño. Delineada de
vicisitudes, mi boca era hambrienta, de una torpeza
antigua

suponía roces de arenas,

suponía el ascenso en desnivel de las vías congeladas

y ella dijo: __¿no es inútil recordar el
invierno en que dormía en otra estación aislada?

los contornos del banco en el andén se disolvían en
sombra

y no era invierno

y ningún clima cierto me daba su apariencia.

Fui quitada de la razón
apartada con sandalias en la nieve.

2

y ella dijo: __sospecha de esas blancas
formaciones femeninas, con mucho taco, con mucho rubor
en los pómulos altivos.

Sospecha del rouge espeso que transforma la boca en
trazos de profunda herida
desconfía del raso, del satén, de aquello suave al tacto que
desparrama en tu vientre, como una mancha de aceite, tu
voluntad de asesinar
sospecha de los primeros pudores y de las últimas
lágrimas.

Si ella es rubia y procaz, desea ser reducida a escombros.
Si es oscura y caprichosa, no se calmará hasta tener un
balazo apartando en mitades simétricas su larga garganta.

Padece esa suavidad sabiendo que su contacto es
venenoso.

y ella dijo: __dime horror que me calle !
dame belleza y sabré ser estúpida.



y ella, dijo: __ aceptaré otro día tu invitación
otro día, con otros ramos cayendo en adoquines
otra invitación, a otras sábanas,
a otro raspado paisaje que se demora inútil.

Tendré otro cúmulo de turba sobre mi boca,
otro aire encerrado entre el corsé de láminas de vidrio y la
piel como otra lámina de una revista antigua viejas
sofocaciones rostros con pómulos iluminados por
lámparas de estudio

y ella dijo: __ otro día tu invitación será estéril una y
otra vez.

Si rozas la cicatriz en mi cuello sabrás de mi trato con
otros criminales.

Si aferras mis muñecas la infancia caerá en un charco
de sangre.



Anochece sin dejar rastros.

Elefantes de sombra crecen desde la estación y avanzan como pesada emanación de los trenes.

El calor se prende en los techos como un broche antiguo y en las terrazas, el alquitrán reblandecido se derrama como algo viudo que no encuentra orden

y ella dijo: __han visto en la ventana mi cara de víctima. Es marzo. Pronto mis amigos bailarían boleros en el patio y es engaño esta liviana alfombra de hojas en la vereda ancha.

Anochece y no quedan restos.

Se aglutinan las voces en un fango de palabras. Durante días llovió en Once y ahora el barro perdura.

De aquellas tardes, el resplandor del agua en las calles, el viento agrio que apartaba y manoseaba las piernas de mujeres fijas en la intemperie como un contorno en una moneda, los zapatos con una humedad de pozo y la tristeza con su resuello de animal carneado.

Pronto los amigos bailarían boleros en el patio porque es bello querer en vano y girar en baldosas frías.

y ella dijo: __el columpio en la nieve continúa quieto. Nadie te recuerda con zapatos blancos izada como un trapo rendido.

Nadie repite tu nombre con rencor

nadie te imagina,

lenta y delgada como una cinta de pasto crecida en el fango.

Anochece y los escombros se hunden en la fuente del parque.

Recibe de mí este arduo quitar las hojas secas de la hiedra.

Los animales que maúllan entre arbustos, quítalos, no les permitas continuar en mi nuca implorando recibe de mí este lastre: la saliva de las enamoradas corroyéndose en las bocas de piedra y aún el musgo que cargan los objetos deslucidos y ajenos.

Se repiten las luces curvas de las lámparas en mitad del empedrado. Se detienen los ómnibus en el galpón helado y la pena es ese columpio vacío sobre la nieve.

Recibe de mí el aullido de cachorros atados; sus hocicos húmedos que olfatean la sangre de los lastimados como algo familiar y entonces toma de mí el sombrero que oscurece la boca y la enagua que resbala por los muslos como mercurio sobre una mesa de billar.

Toma de mí esa inocencia: aceptar las caricias del asesino.



TANGOS DEL ASESINATO

*Desde la mitad de su crecimiento las mujeres son
cuidadosamente envenenadas*

MAX ERNST

Todo es desorden.
No pidas otro lugar que aquel espacio de cardúmenes.
No devores otro pan, otro licor de sueño.
No pidas otro rencor que esta mesa que tanto has
codiciado.

Yo no soy tu pesadilla y no puedo consolar el cansancio
de los materiales.

¿Para qué deseas tu pequeña maceta con tulipanes
misteriosos?
¿y las alfombras de pesada lana donde los pies se deslizan
como algas en la oscuridad del mar para qué?

Yo soy la que te dice que tu suerte es poca cosa. Sólo la
trivialidad de tus cabellos cepillados para que brillen hoy
en la tormenta.

estúpida noche estúpida en todas sus ventanas sus
bancos de cemento en parques vacíos. Lluve con
agitación
no hay horror si uno respira con suavidad sobre los
vidrios. El paisaje se empaña. Regresan las hojas del nogal
apretadas por el remolino
y este rincón, esta mesa de estuque rojo, parecen ser
pasión de muchachas advenedizas. Las invitaría a
retirarse si la calle no fuese tan brutal; pero estos pasajes
que perfuma la mandrágora no abrigarían a unas muchachas
que se alejan con perlas en las orejas.

No soy tu araña de gruesas patas angulares. No soy tu
destino errado.

Responde al terror con otro veneno en los labios.
Cuando miras a tu padre romper botellas contra el marco
de la puerta cuando tu madre se mueve con un
arrastrar de toallas en el pasillo y los niños están con sus
opacas cabezas cubiertas por una sábana de lino. Si tu
hermana clava su mano con el huso de vidrio y la belleza
la duerme agotada
y la enfermedad palpita en esos dormitorios donde no
quieres entrar porque ahí es pobre tu cuerpo, porque allí
tus uñas crecen curvas y los muebles tienen esa suavidad
inconclusa de la demencia.

No creas que mi rostro de barco es para esos corales.

No soy tu naufragio. No soy el fuego que mentía un
faro en la playa de piedra.

La tormenta es inmensa sobre los autos estacionados en
la avenida. Esa es la verdad: no queremos mojarnos
se desbordan las alcantarillas, se deshacen los papeles
arrojados por el paseante con dedos idiotas y una pasta
hecha de sucios fragmentos, del reflejo de difíciles ojos
impregnados; va cubriendo el asfalto de desviaciones.

Sollozar no sería dramático es tan escasa esta noche,
tan ingratos sus mástiles banderas de cenizas sobre
nuestros hombros desnudos las nubes se mueven
estremecidas y pequeñas, frías luces disminuyen en
sombra

y ustedes cuentan el gemido de la madre en el dormitorio
de paredes bloqueadas. Ustedes, que han visto al padre
golpear a la madre como un paisaje de campo desde la
ventanilla del tren.

Ustedes que no han nacido y están rotas como los

pequeños huevos de codorniz hurgados por la comadreja.

Yo no soy nada de esa corteza amarga que empujarán
contra los dientes, invierno comido por invierno. Sube los
peldaños de la escalera y mira

yo no soy tu destino. Sólo soy la que lleva la vela en la
mano e ilumina el descampado.

Además están los sencillos manteles las hamacas donde
el sol ilumina tu cuerpo temeroso el amante que te
obsequia un collar de perlas y al inclinar la cabeza,
escuchas el sonido del broche cerrándose

los cuchillos que brillan sobre la mesa de la cocina, o el
ruido de la loza en la pileta, serán todo el placer.

No soy tu destino. Siempre es amargo el deseo entre
objetos olvidados. Soy la que atraviesa la escena con su
candelabro de hierro

soy la que atraviesa descalza el monte fúnebre donde
brillan los dientes de jabalí.



LA INTENSIDAD DE LAS VICTIMAS

con guantes de encaje
vienes a romper mi frente, mi aleta de nadar en la avenida
sucia

¿qué quieres de mí, más que ese corazón
que comes de entre enaguas?. Tu delgada cucharilla de
plata escarba su lenta carne idiota.

No mires aún los círculos tristes de mi oído. No hables
sobre la cabeza inclinada en el mimbre esta guillotina
debe todavía? ¿cuántas monedas de púrpura fiebre?

la indigencia en túneles no es suficiente.
Me quieres con el foco en la frente, como una muñeca de
loza en el teatro cerrado
este estrellado cielo contra mi nuca
esta mano de tinta en el cuello quebrado

hay una intensidad en las víctimas

un esplendor en esos ojos alzados hacia el que ajusta un
pañuelo de seda

hay una intensidad en las víctimas

en la sombría indiferencia con que levantan la frente
cuando la piedra es lanzada desde las terrazas
una impresión de sello en lacre tibio.

He de dormir después atropelladamente un
automóvil plateado sobre un gato tuerto, en la ruta a
Dolores. Lo vi hace 16 años y el gato fascinaba con su
único ojo abierto en el pavimento ardido. En la banquina
blanda como un arrozal, el vapor saturaba los nervios. Lo
brutal sucede tan rápido
y ha quedado esa oscuridad del grisado asfalto extenso
también en mi corazón
detalles en los abismos flores que crecen rarísimas en
la pendiente abrupta pétalos y agua fangosa que se
estiran en un fondo atravesado el crimen que agita las
sienes el sol contra el agua final de ese paisaje roto,
para que llegue descalza la intensidad de las víctimas
recuerdos que caen pesados y fatales en un deshacerse de
plumas pequeño navío de velas pálidas que el
atardecer consume suavemente
detalles ¿sutilezas? pequeños bocados de un pan
rancio desviaciones que son desgracia sólo para el
desgraciado.

Otros pasan rasantes sin hundirse
sólo los intensos resbalan con la espina dorsal arrancada
como una mala hierba de entre los pulmones,
los dedos negros de arañar terrones y el creciente cabello
de los muertos en la noche de una tierra partida

puedo contar algunas cosas porque he

dormido en vigas secas y puedo hablar de algunos
sucesos que ocurren en las estaciones de tren al
contemplar a los amantes que tiemblan
y puedo preguntar, sí, seguro que sí,
puedo pedir alguna explicación porque la estafa ha sido
altísima
porque me han quitado dientes en los intervalos
y perdí papeles en autos que sangraban una luz rojiza
y puse mi rostro entre las uñas, sin poder respirar,
pedí deseando verdaderamente que me den y no me
dieron
candelabros y fragmentos que el agua inunda bibliotecas
en sótanos sumergidos algas en un temblor que es de
rezo nocturno

yo no pedí venir a esta casa a esta
división de las manos sobre materia ácida
quítenme este sombrero de paja de la
frente estas enaguas estas construcciones que me
señalan

quítenme ese aire confuso ese olor a
remedios en un cuarto cerrado y caliente ese manto
sobre los hombros débiles y aún así la intensidad brillará,
su rareza será un esplendor en la noche de ráfagas su
estación será el verano de un agua estancada
y todo por preguntar: ¿por qué somos intensas las
víctimas?

¿por qué nos distingue el daño entre los nadadores de la
piscina?

¿por qué vinimos al mundo para sostener un estuche de
fósforo?

no pedí esta docilidad de las sábanas
que cubren el cuerpo desnudo no quise la gramilla
del parque fisurada por fuentes de piedra
no pedí esta fiesta de rosadas flores de hule y las pupilas
dilatadas en el calor de boleros
porque hay una intensidad en las víctimas
porque camino entre jardines enrejados con un búho
blanco en el hombro
yo no pedí venir no quise que los altísimos techos
negros fueran sostenidos por columnas doradas no
quise esta losa grabada en mi boca

me hierde como otro alfiler clavado durante
mi trabajo de costura ver los labios de los que dicen
amarme.

La intensidad sumerge las palabras que se dicen al oído
con el musitar de un moribundo
no pedí venir bajo estos carteles que en la noche subida
palpitan como animales cansados no quise estos grumos
no besé su garganta para dormir con agua de esmalte
frío sobre los párpados. Sólo ayer dormía con un
cuerpo olvidado sobre la hierba y tuve unos días de
serenidad sobre los lunares de mi pecho
y pasaron días inmensos, de frías rajaduras en los vidrios,
sin que nadie pregunte por mí, sin que a nadie aflija mi
cabeza rapada

yo no trato con pequeños incidentes
aquí estoy mi boca de cine mudo aguardando su
bermellón pastoso como una sangre reciente
la capucha de piel caída en la espalda.

En un cuenco de madera sostengo la vela de cebo

marchito e ilumino el corredor

hay una intensidad en las víctimas

hay elegidos para la caricia

y hay elegidos para la navaja

he dado mi luz en un pasillo que se hundía en puertas
entre esos grises deteriorados de paredes que no se
ventilan

es intenso el pasillo de los retenidos

y es intenso y confuso el lecho de las asesinadas.



estamos abiertos otra vez un pequeño
y húmedo batracio de piel lisa y ojos de desnudo
azulejo vivo
y sin domesticar sin respetar los estiletes
eran ofrendas de musgo y papeles que
se curvan al acercarles la llama de un fósforo .Todo era
tinta que se derrama, niebla sobre el pastizal que se borra,
cuadernos viejos de tapas arrancadas
¿Dónde estás sabor de la noche, sorpresa de los baños
con puertas escritas por rouge, carteles flojos en un viento
de astillas fijas?
¿Me querías delatora? al fin contando las
vergüenzas de una garganta acariciada al fin confesa

duerme sobre mi lengua, idioma que te
pierdes en los asientos traseros de los taxis. Escombros de
mi boca. Saliva de lentos mástiles. Bandera arrancada y
tirada sobre el cabello de los muertos.

¿Me querías de uñas esmaltadas, estúpida, de tacos
dejados en la escalera? ¿Me querías estimulante en una
sábana cruda, mordiendo bordes, poseída y sin nadie?
pídele paz a esas sienes insoladas, a ese
tajo en el vientre en la pollera ese tajo de milonga
arrastrada
y sin domesticar afilando tu tijera en la caja de costura.

tu cabello cae trenzado
y aún escribes inclinada contra el foco.

Todavía silvestre errabas entre mármoles
y no había suavidad, ni misales con dorados rezos, ni pena
tenías, ni un jarro para calentar café.

Tu proximidad con el desastre era lo que tardarías en
caer desde tus tacos de alto negro
¿para qué esa rasada tela nocturna? ¿y las escamadas
estrellas que se estremecen, como un desparramado pez,
en la saliva de una boca que es noche sueño que se repite
incompleto pesadilla que habla por pasillos donde se
apagaron las lámparas?

deja tu lengua en mi lengua como a una
hermana siamesa como criaturas que aman su
imperfección.

No quiero el reposo de los que se estiran al sol,
apretados al agua lavada de las piscinas
no confío en el pudor. Dame hambre y bestias
y corrales de piedras encajadas y páramos lluviosos con
sombra impresa de líquenes
dame desorden muletas que derivan en sótanos
inundados columnas encaladas y piedad
quejidos en las cúpulas volcadas de la ciudad sin patria
seres expulsados de las mesas familiares, heridos entre el
estallido de las copas, entre pocillos de porcelana que
transparentan la oscuridad de las manos
seres sutiles vagamente sospechosos
dame esa sangre de los atravesados por un familiar
cuchillo de cocina
porque no callaron cuando debían
y cayeron con un trémulo ramito de perejil entre los dedos
que son vapor ahora blancas desenvolturas de un

aliento que pide.

era turbada por algunas palabras.

Completaban mi boca con un bocado enfermo “Pañol de Herramientas” nombre de un cofre alto, de un sufrido gris resquebrajado, abierto para mostrar sus tenazas y filos en un orden de amputación y de encastrés; olor a trabajo, a dedos percudidos, a madera iluminada de lustres, a hierros domesticados. Eran hombres convirtiendo la materia en objetos

y yo aullaba con la frente sujeta a un vidrio de esquina Montevideo lapicera fuente negra de tanque translúcido pereza de la virtud que quiere sábanas rajadas como vendas jergón donde vas a tirar tu cabello a las débiles arañas de cabezas ocres, cuadradas, malignas.

los ojos se derraman en una mirada aturrida. Las bocinas inyectan la noche de pánico. Un hotel incendiado se retuerce con su cúmulo de amantes desprovistos
escribe hazme este reino amargo: un fruto de carozo verde
intenta separarte de tu piel como un reptil en su época de mutaciones
estás despojada de encanto
idiota de medias negras esperando el deslizamiento del ascensor.

Vives de esas imágenes desatadas
escribe:

era sospechosa entre los que avanzaban con el capote golpeando sus tobillos

era escurridiza entre arcadas, donde los hierros rojos se imponen como una flora menstrual

era ilusa y aún así, las mujeres ciegan anudan

las perlas de sus collares. Aún así, con la mano abierta
recibías las peinetas de vidrio

otros hundimientos envolvían la
garganta con un celofán que brillaba quejándose
en la noche algo ardía hoteles del once y algo se inundaba.

La boca iba hacia las sienas y sonreía
el trapo sucio de la noche cubría mis piernas. Las visitas
eran raras, con ropas enceradas, máscaras japonesas,
extranjeros que sostenían escudillas de arroz con hongos

la patria terminaba en un pastizal
aguado. No tenías provincia no había lengua de los
padres, no tenías otro exilio que las altas terrazas
escribe relata la humedad de los bordes abismos
donde la selva se arrastra como un animal de livianas
vertebras líquenes acumulados sobre la placa negra de
un disco girante en el cráneo roto
y sin domesticar sin pausa en el destello de la hoja de
toledo, encofrada en un pequeño mango de madera,
sin adornar con jazmines el dormitorio
sin sirvientas en tu corazón.

era el país caluroso. Los hombres orinaban
junto a las carrocerías era tarde
eras extraña como un objeto de barro
la mórbida desnudez de tus ojos en las iglesias
la mantilla caída sobre los hombros de clavículas
expuestas
una ilusión de frescura en el verano ponzoñoso
escribe relata el pecho sofocado por fardos de calor, esa
ilusión de pudor o de mar
dame palabras necias escribe

nadie abrigaba la boca de tu padre en la tumba
nadie abrigaba tus cabellos fríos, lentos, amarillentos
como un tigre
nadie acercaba el cirio de los agonizantes a tus dedos con
fiebre.

¿por qué no dejar que la tarde circule
como el pez de plata en la redonda pecera?
que la intemperie crezca en los techos de pizarra.

Los mimbres de la hamaca son extraños en este cuarto
quieto; los baúles, las botellas de vidrio azul, los íconos
que la insolación fermenta la acumulación de objetos
donde la belleza estuvo alguna vez
temblores en la sombra que crece

¿por qué no dejar tus cabellos vendados
sobre las duras hojas de hiedra?.



deja mi pasión en la escarcha que cubre los brotes del
ligustro

¿para qué sonreír con un vidrio
apartando los labios?

¿para qué esa insistencia en verter el rojo
espeso de la copa en el mantel?

estoy para las hojas livianas del almendro,
estoy para las gruesas hojas del gomero luctuosas y sin
perfume,
para las hojas del nogal suavemente curvas y de
nervaduras ocres
y estoy para el silencio de los abetos cuajados de mínimas
piñas
o puedo, extensa como la Tuya Dorada, distraerme sobre
jardines perezosos.

No acerques mi cabeza a tu pecho. Bajo mi oído no
quiero los golpes de tu corazón; la mentira de tu vientre
como un suelo de tablas podridas
dame la vida de los árboles que no mudan de entierro.
Desean y persisten en un suelo aferrado como intrusos en
un baldío visitado por el juez
botellas quebradas en una vía angosta paisaje de
descuidos uñas rotas en el desastre la mano lastimada
sin trapos para cubrirla
entre juncos móviles
cae el dulce peso muerto de las flores de almendro. Es frío
desganado el agua que se inclina
seré estéril, sin codicia y sólo la cabeza hundida en
líquenes será mi bienestar
ceniza floja en la corriente viva
sombra de las manos arrastradas en el limo y ese barro es

mi vida. Es mi nombre. Es mi boca ligera, turbia, de
agitación imbécil.

La vida no ha sido sencilla.

deja mi cabeza en la hojas. Perdona este cuerpo que tan
temprano en la noche acaba su sangre
perdona ese grisado del agua que no golpeó piedra
alguna; sólo se escurrió entre pieles de batracios.

Deja mi cabeza en la pendiente enredada

¿para qué fingir cuidados por un mínimo
jarro de loza que se quebró?

¿para qué fingir amistad con una extranjera
sin recursos?

quiero las moradas hojas del cerezo como un fuego en la
redonda intemperie. Dame ese rubor. Dame esa vergüenza
en la blusa arañada de los cuerpos NoAmados
devuelve mi espalda al yuyal de los asesinados
seré una buena chica.

mi cabeza rodará como una perla del collar desatado
seré muda con las pupilas dilatadas, aceitosas de
belladona

los párpados inmóviles

los muslos excesivamente blancos sobre las hojas oscuras.

La noche es de sábanas quietas

de escarabajos que se deslizan en un aire de apretadas
cortinas

de un perfume a pájaros; a plumas quemadas con un
hisopo.

Arden las estrellas del puñal en el cielo alto.

Abandona mi cabeza en las hojas.
Dame el Bosque Real de la Matanza
dame esas aguas sucias, de engangrenadas orillas,
estancadas de drogadas serpientes
y esa hermética, íntima, pobre soledad
ese bosque brutal
donde nunca estuve con nadie
en este cuarto en este Hotel de Pasajeros
estoy en maderas de un piso que cruje, con visitas que
recorren el pasillo ajeno
supondrás mi vida entre arrecifes entre piernas entre
pespuntos
y nada será cierto, más que este retiro sin puertas
este encono de paredes sin aire donde estuve de roces
colmada
sin almuerzo
sin abrigo en los hombros
sin peinetas de carey
y sin otra caricia que el monte recordado, los yuyales
fangosos, las hojas amontonadas en húmedo cieno

deja mis cabellos como algo líquido que se derrama en la
tierra,
dame tu desamparo.
No hay amor en el barro del bosque atravesado.



de delgadas uñas de arrepentida boca
es la caricia del amante y de un dorado casi translúcido el
cuerpo de las botellas desparramadas en el estante.
El crimen es sólo espera reunida
nada más para anotar: esta lámina de
objetos que se derrumban. Fulgores de un intervalo

pero,
para quién suelta su música la máquina tragamonedas?

son delgados labios sobre puertas cerradas
son intensos párpados
maletas que fermentan pañuelos bordados, ligas de encaje
negro, un perfume intenso a mutilación.

Sobre la ráfaga un hombre alza sus dedos remotos en el
aire

¿dice “perdóname esta mano de cercenados dedos en el
aire”?

¿dice “mírame la herida, por favor”?

Inútil es la sombra de la arboleda. Sobre el empedrado el
reposo es intranquilo y caliente. Otros días, miraba peces
muertos girar en la superficie de los acuarios. Eran
tristísimas esas escamas sangrientas,
esos verdes como aquellos ojos de mi padre,
esas desviaciones de lo que tiembla

deja esas caricias en mi garganta para
otra noche, para otro lugar
inútil es la sombra rota de los párpados rotos en esos

quemados ojos de mi padre
inútil el crecimiento del jazmín sobre su ceniza floja.

qué quieren de mí?
¿qué cinta debe atar mi trenza desilusionada en la espalda
deshecha? ¿Qué quieren de mí?
¿cuántas líneas debe crecer el mercurio?
ya está bien. No quiero esa insolación de
voces sobre mi nuca. No quiero pedir, otra vez, en
susurros amarguísimos, cubierta la cabeza por sábanas
sucias. No quiero que anochezca sobre esta
arena, esta boca repentina

estaba entonces despidiéndome,
dormida con el oído inclinado sobre el gotear del veneno
y aún así sin domesticar
aún así afilando la tijera de costura
¿que quieren de mí? qué espalda de desparramados
cabellos qué corza dibujada en la frente como en una
caverna qué niebla de arrugados párpados sobre el
pantano que no tiene orilla?
Bordes, son estos días de una tristeza
que no se quiere vivir.

Padre, fue mucho tiempo atrás que
éramos buenos. Tú no habías muerto
y yo era tu hija de cabellos rubios.

Padre, ¿qué apariencia tenían entonces
las catástrofes? cuando asesinaban a un hombre en un

descapotable

¿qué apariencia tenían las rosas de sangre en el tapizado?

Amanece papeles cansados rotan en el pavimento frío.

Amanece sobre estos pocos sollozos. Un baño quitará la sorpresa de mi corazón, quitará la intriga

padre, ¿cuando fue que dormía sin pesadillas, sin muérdago en el pecho?

papá éramos buenos entre los
alzamientos del ligustro los crímenes no cruzaban el
Puente 12 la belleza era esa ciénaga de turbio temblor,
esas estrías de serpientes rojas en la noche de un barro
que insiste

Es muy tarde para confesiones

es muy tarde

para ser en la arboleda que divaga, un padre y su hija.



no hay buenas palabras
nada para sonreír mientras giran los ventiladores de
techo.

La boca arruina la espuma de los vasos.

no preguntes por la cicatriz en el dorso
de la mano; ¿para qué iniciar una conversación? otras
lunas han dejado su párpado roto en el cielo sin que nadie
acaricie su herida

sótanos para esas sombras de bocas
huidizas
nada que decir como alguien que aferró su mapa de
los túneles

así fue que estamos descorazonados
pídeme los ojos alzados sobre los vidrios. En una cámara
nupcial estamos de espejos coronados
entre almohadas de un lupanar ¿para qué iniciar una
conversación?

¿para qué errar entre palabras como en arrecifes?
abiertos como esa paloma en el pupitre el foco
colgante sobre las trenzas que se desatan

así fue que estamos descorazonados
y el sueño inunda nuestras sienes como terrones de un
azúcar negro caídos en el té

un fluir hacia el terror. Nada que decir.
Ninguna pregunta que hacer son estos años
el cabello que el viento mueve es todo lo que tiembla
¿para qué dorar la píldora?

que un farmacéutico me pida en su cama

y que sea viejo; con lentes donde yo pueda ver los reflejos
de la vida eso estaría bien
eso sería bueno ¿para qué iniciar una conversación?
dime tu mentira sin agitación igual no me importa la
verdad
de musgo helado son las palabras de los sótanos
carne de estrellas frías
luz agria de hotel en la ruta
pobrísimas hojas de un ligustro que crece ante la puerta de
alcobas amantes

así fue que estamos descorazonados
acariciarnos sin horror y respirar. ¿Qué recordarás de este
tatuaje en el muslo, esta "dalia negra"?
Perfume de cosas dejadas se estiran bajo los techos donde
las aspas del ventilador rotan en un calor fastidioso
¿para qué iniciar una conversación?
¿para qué demorarnos en un error?
almendras amargas se suceden bajo los párpados,
iguales manos alzan la capucha de piel sobre las nuca
rapadas,
iguales alambres atan el corazón como a un animal que va
a ser carneado.

¿qué cuento de tristeza quieres darme,
qué cal qué casa de expósitos?
Mírame la frente como a la pizarra azul de una cúpula,
tan extraña, tan perdida en ese cielo sin compasión
¿Qué Dios pudo hacer estos sótanos esta vulgaridad
en las almas
qué Boca nos arrojó de la pasión? oh, veneno que
duras!

no me dejes sola. No te vayas de mí
feroces son los días
cabellos sin inocencia enaguas sin temblor lámpara
que la tormenta agita
aletean como pájaros blancos en el espacio de un bosque
quemado
plumas en las cenizas

así fue que estamos descorazonados
así es de sospechoso nuestro impermeable que sacude la
lluvia. Una naturaleza muerta que mueve su aliento
cinematográfico, su atmósfera de conspiración en almacén
cerrado ¿para qué iniciar una conversación?
bordo “dalias negras” ceremonias para una muchacha
asesinada en un sótano
nada que preguntar nada que pedir
esquela dejada en letrinas insinuaciones dejadas a un
contestador automático blues que gimen en cráneos
vacíos como un órgano en una catedral inundada
sobreentendidos que no pueden explicar ni esos grumos
de ceniza en el mantel
un taco de billar que se te incrusta en la sien y te arroja en
estos sótanos

así fue que estamos descorazonados

de qué hablar? Mira mi corazón como un puño cerrado
que quiere golpear
nada de Novios de muchachos que te corran la silla
nada de sutiles deferencias. Aquí hay aguada para que
descansen las bestias y sigan, en el polvo deshaciéndose;
manada que subyuga la sed y el hastío espanta
nada que retener un paisaje de cardos, el pobre azul
de esas flores que dilata el calor

será que estoy triste y el estallido de vidrios en el mosaico
acerca aquellos latidos
violáceo crespón escurriéndose entre paredones de
curtiembres
eran otros los sótanos eran otras
torturas
y la memoria, como un reducidor de cabezas, aprieta sus
imágenes en cajas cada vez mas estrechas

¿qué pedir ahora que pesó tanta sombra
sobre nuestros suaves vientres estériles?
¿qué esperar ahora? La espumosa noche
crece como un mar de lonas negras
y son friolentos los dedos sobre las cucharas de plata, los
dátiles, sobre el lento cabello que la lluvia ilumina
derramado en la espalda
de tajos en la lengua son estos años,
de paladares negros de lobos sin idioma
¿para qué iniciar una conversación? Pídeme la vida que
es tan poca cosa en este país
esta pampa de sótanos donde ningún Señor pregunta a
Caín

“¿dónde está tu hermano?”



en los vestuarios permanecen encajados
los fieltros de los sombreros, unos sobre otros,
y la sombra maquilla las sedas de un reflejo agónico.

la torpeza es el agua que alzamos con la
mano y no alivia la rodilla raspada en escalones que se
repiten en un ascenso carnívoro

¿existe una poética del amo y del esclavo?

¿quién es la sirvienta que limpia las manchas de sangre en
su corazón?

ella agota sus labios en pedir y no es
calma lo que quieren los intranquilos. Es sólo la tristeza
que puede llevarse con un sombrero negro entre plátanos
blandos.

Seré una desviación de pasto en la pendiente, una lengua
de yuyal en el barro. Serán desahuciados los hombros que
la enagua deja descubiertos

los alambres separan la uvas del paseante
en una tierra sembrada. Ves huéspedes donde sólo llegan
intrusos con linternas

vivo de escamas separadas

vivo de mutilaciones

sonriente a los pies inundados. Despierta entre casas de
tolerancia.

no es calma lo que quieren los asfixiados
pedir macetas en el balcón laureles en el estante de la
cocina un hogar sobre la nuca quebrada algo que
viva en las manos como un animal de fiebre

dime qué lugar en las sábanas
dime qué rezo bajo las cúpulas altísimas
dime qué final ayer y antes, cuando era una niña y ya
pedías mi muerte

estoy sólo para ser asesinada
quiero ser tu sirvienta en el crimen
y quiero ser la criatura que hace perverso un filo.

es suave la caída del terraplén sobre la avenida. Los
camiones saturan de faros el pavimento hasta convertirlo
en un páramo blanco y en el deslumbramiento, el vestido
flota como un bandera rendida
es una conversación secreta que se sorprende en la alcoba
contigua una lámpara volcada que comienza el
incendio
y te marchitas en ese raspar de luces en la velocidad.

dime lo que quieres en el asfalto abierto
como una cuchillada en la planicie
dime lo que pides, Leonor
qué buscas en la niebla, antigua, adherida al agua negra,
pantano que desbordas
y entonces, ayer, cuando eras niña y llegaban las frases de
las visitas desde el cuarto en que estaba la estufa
eras torpe
y las medias caídas sobre los tobillos acentuaban las
piernas torcidas.
No querías contacto con esas bocas pintadas, con esos
rostros afeitados del día anterior. Sus mentiras tenían la
carne blanda de un molusco. Reían con desprecio.
Tardaban en retirarse lo que la tarde en quitarse del

ligustro
palabras como hojas picantes que se prensan en un cuenco
de jade desprendimientos de un fondo estancado,
enjoyado de batracios cicatrices
y atrás días que se evaden como humo del pastizal
quemado
atrás atrás los pájaros que picotean escarcha
y eras extraña y sin caricias
y pasabas las noches contando las formas romboides del
alambre.

 gallineros plumas en el calor maíz
desparramado en una tierra gris. Pocas palabras para
relatar esos granos, ese suelo seco y desviado hacia
extremos del tapial gallinas agónicas cuando atardece
y quedan goteando sangre en la noche porosa
y atrás eras niña y ya pedían tus cabellos atados. Ya
querían olfatear tu sangre como la de un ciervo
y la tormenta comía los límites del parque. Me lavaba las
piernas, como un amante, con una esponja embebida en
aceite

 qué pides, leonor? qué espera esa niña
que miraba? qué temor guardas?
 desobedece sin temblar
eras escurridiza y lagañas de sueño hacían amarilla tu
frente
eras vana y desprolija retama crecida en la intemperie
torcido el delantal rígido de almidón
eras descalza en la tierra invadida de cardos
y con zapatos blancos en el parquet encerado.
 no había arrepentimiento en tu boca

y del castigo guardo la trenza, quitada al rape desde la nuca.

desobedece sin temblar
duerme en esas anchas maderas. Ajusta los labios otra vez
sobre el hilo de costura. Devora tu almuerzo de arroz con
hongos verdes
extasiada en tu pequeña soledad donde se mueven lentas
las manos del amante. Como un disco rayado, tan antigua,
te repites en su corazón
desobedece sin temblar. Todavía es tarde.



*¡oh; la vida que existe en los libros de
aventuras infantiles, para recompensarme
a mí que he sufrido tanto ¿me lo darás tú?
-Arthur Rimbaud-*

lejano, lejano
parpadeo del reloj en la intimidad de la sombra.
Huyen por el desfiladero embozados de amotinadas
capas.
La congoja de mis labios fue antes, en una copa que por
minutos mordí.
Ahora retiro con un pañuelo rouge, espuma rota
los vidrios quedaron quebrados en la alfombra.

Anchos mantos retroceden en el desfiladero con un
estertor de pájaro alcanzado por la piedra. El tango
completa el gesto de las piernas una forma de acercar
el cigarrillo a la boca, herida que abre el rostro para que los
besos se retiren

lejano, lejano
comprometerse a esas manos que apartan el pesado
cabello de la frente y luego devorar la ceniza pequeña que
ha quedado en el mantel.

Estoy para perder tantas veces como
caigan los dados de una forma maltrecha
estoy para los grandes acontecimientos: un patio con un
foso al fondo donde serán sumergidos los ahorcados, un
pabellón de cal y las enfermas tocándose las ropas, el
hundimiento de los barcos cargueros con pimienta negra

y perlas de Malasia, con aceite crudo y navajas de Sevilla
yo estoy para las mutilaciones para los
mancos con voz profunda con sus únicos cinco dedos
alzados, agitados en su incapacidad de extrangular.

Como en un estuche, mi frente es la perla bajo las
placas de fiebre.

Los lisiados desnudan sus rodillas para acercarlas al mar
y fatigados dejan que el agua oprima sus mansas piernas
incompletas

lejano, lejano

soy para los asmáticos el puñado de hojas que quema la
estufa; el espinazo de pánico en el descarrilamiento del
Metró Port de Clinancurt - Port de Orleans
y la sospecha de los devoradores encapotados apostados
en el desfiladero

lejano, lejano: *¿dónde estaba Dios cuando
te fuiste?* el tango propone reprochar

escribir como un jadeo

retener ese bote que quiere deslizarse en el pantano con mi
cuerpo atravesado en la quilla rozar esa cicatriz que el
paisaje dejó en los párpados

estoy para rezongar

para cubrir de trébol la nuca del sonámbulo y lentos
canales de sueño desagüen en esa cabeza neutra, de
cabellos cortados al rape. Cabeza errática en la mesa
desnuda; evoca otra posesión, otra intensidad en los
cubiertos. Las cabezas descubiertas, desprotegidas entre la
fuerte circulación de las voces, de las copas donde el trago
es de ansiedad. Nadie quiere ser consolado.

Saturan esas manos que rozan la garganta. Perturban esos
dedos las sienes escamadas de los que sólo quieren
reposar

y estoy para abrir las cajas de música y escuchar los sollozos de las muchachas que abrieron otras cajas de música otras puertas de cuartos de hotel sus blusas con botones de nácar abrieron uno a uno desprendían los ojales del corazón y miraron con una aflicción de bolero las piernas de los hombres.

Estoy desnuda de situaciones poderosas. Si alguien me llamara desde una ventana oscura una voz que empujase mi nombre en la noche una voz descarnada con el rostro retrasado en la penumbra la desdicha de un barco guiado hacia el crecimiento de corales y el sonido de la brusca intemperie, de los mansos utensillos ahogados. Una voz en la sombra grita un nombre y promete otras zonas (y mi nombre es de reina dos veces construida y dos veces exiliada; fue hecho para el amor cortés, para las sofocaciones).

La resonancia de una palabra es tan alta tan penetrante la atmósfera de un nombre que el amante desatento no encuentra donde abandonar el cuerpo desmayado de Leonor hecho de criaturas perplejas, de vacilaciones, la boca turbia de tierra: es mi reino que comí para que no me lo quitaran.

Mi nombre gritado desde esa alta formación de vidrio, desde un ácido encierro y yo seré más buena seré un cachorro que alza sus lúcidos ojos a la promesa de una voz. Tendré el encanto de los que perdieron siempre.

Estoy para los grandes acontecimientos para dormir con Robin, el de los bosques.

2

CAFE DE EXPÓSITOS

a María Fiorentino.

maderas que desborda un container,
vidrios rotos como algo que partió la tormenta
nos queda ese estrecho paso de baldosas. La enrojecida
marca de la luna cuelga como una luctuosa res en la
cámara helada.

extraño sitio. Unas mujeres juntan el
dinero tras el mostrador de piedra y madera laqueada
he perdido mis horas, como el que más, bajo ese toldo de
franjas de color, el espeso perfume de los frascos, plumas
que adornan amorosas un fieltro roto, la espuma de esos
dientes que ríen
sobre el cuaderno, con tu tintero negro; ya no sabías de
amantes con sacos cruzados que entraban sin llamar, de
respiraciones escuchadas tras la puerta del baño

en el techo, la sombra de una silla crecía
gigantesca. Detenerse en ese estuche de mesas de granito
extraño sitio la membrana del tímpano, como un ala
de luciérnaga, brilla por palabras que se murmuran con la
cara en la pared.

Así contemplar las noches de una calle que muere, la
vastedad de aberturas inmóviles y esas inútiles máquinas
acumuladas bajo un resplandor de garito

mampostería rota en un container

patria argamasa que la peste recalienta y los aullantes
cachorros atados a los mástiles no nos dejan dormir, no
nos dejan pensar. Sus aullidos persisten en la oscuridad
como un perfume
ciudad perdida en habitaciones de cortinas arrancadas,
escalones de hierro, débiles susurrantes en vidrios que
el alcohol ilumina
después la lluvia borra los pocos rastros. Envases vaciados
bogan en las cunetas y ya nadie tocará nuestro corazón
no arderá su tenue alivio en la tiniebla ácida.

alguna tarde un silencio de vigas de
hierro y el viento otoñal entraban en el café desierto y la
luz se movía anhelante en las lámparas de chapa extraño
sitio el insomnio anuda un pañuelo en la trenza y
los novios llegaban con ese ojo roto en la pelea ¿qué
hacer con sus frentes arrancadas, con la bufanda muerta
en el mosaico y ese dolor en la nuca que se pudre?
ayer es esta memoria que llora en oscuridad
mucho calor aquí un verano excesivo palpitaciones
de viento como el cuello de un animal un container que
pierde el zumo de la noche. Ayer sería más blanca mi
espalda, más desnudas las piernas, mas evasivas en el
terciopelo

¿lloré por ti cuando caías?

no dormía en una cama de pino, Eso es seguro.
Miraba la ciudad sitiada por camiones blancos SCORZA
en letras plateadas a un costado de las carrocerías
¿eran de amianto nuestras sienes en el incendio? eran del
papel lila de las cartas? era de espumosa ceniza nuestra

boca en el aeropuerto?

y entonces? Nada grumos en las
terrazas que el viento azota plumas.

Sólo pedimos un banco para ser más pálidas.

Sólo una tela cruda para el cabello lujoso.

Tatuajes de tango en la piel delgada de los hombros, en su
perfume barato calor aquí
calor o bestias de porcelana negra.

¿lloré por ti cuando caías?

abrígame los pies abrígame la garganta abierta. No
estoy para dulces afrentas, para abandonos raros
los cuerpos crecen en ese tono de jazmines que la helada
quema
y un sangriento telón de teatro alzado a un costado del
kiosco, deja ver los paquetes de tabaco y pequeñas latas de
caramelos holandeses.

Mi aflicción era inmensa esa noche que caíste,
mujercita, pero no recuerdo si lloré o si me mojé la cara y
vi mi rostro en el espejo y era sólo la boca que temblaba
y el reflejo de azulejos blancos como nieve. Eso: amontonada
nieve sucia y un rostro que se adelanta suplicante
en el vidrio.

Alguien hablaba en el cuarto contiguo una voz
oscura: humo de hojas húmedas que se queman
pero no recuerdo si lloré o si me desprendí el corpiño con
uñas que se quebraban.

Mirábamos una ciudad que se agitaba y desaparecía. Vimos andamios que se desprendían para caer con lentitud, papeles que el aire mueve con desidia, vimos grúas que alzaban al cielo impasible fardos de tablas rugosas.

No había terror en nuestros dedos alzados que temblaban.

Ni sonido en las bocas abiertas patéticas
en ralenti fulguraciones en el clima de placas de caucho.

¿lloramos esa noche, María?

llorábamos después, noche tras noche, en cuartos
alquilados, autos dejados en la inundación, iglesias (su
último banco de astillas agrias que nos corrían las
medias), departamentos sórdidos, lavaderos de adobe
húmedo, moteles de las rutas del sur
llorábamos?

No estoy para suposiciones de fiebre para amores
tardíos.

No estoy para las extravagancias del deseo
lloraba? se trata de la naturaleza del dolor. El escarabajo
de ese dolor mueve lentas alas lúgubres en las alcobas de
la pasión.

Se trata de la garganta mía
eran trenes cargueros como en un túnel fugaban los
rostros amados/supuestos/ofendidos entre bolsas de
papa
estábamos solas
con nadie recordábamos “*de qué color son los cerezos*”
no vendrían, después de todo, a calmar nuestro canto
desdichado en baños de azulejos pálidos peces
giratorios en los acuarios corazones que incrustados

en la mesa escriben. Mirábamos fascinadas ese
deslizamiento de escamas, como una herida deja tras de
sí, en las tablas, desprolijos rasguños de sangre
¿llorábamos?

¿pedíamos igual delicadeza? no comprender las
cámaras de vidrio, el encierro, la humillación?

¿pedíamos algún narcótico fuerte?

que sabemos al fin? de la torpeza con que se mueve la
saliva en los labios ¿qué recordar?

un sombrero de paja con una cinta oscura ¿es
importante?

los tacos peligrosos que tocan el mosaico con un
sonido de pequeño, agudo martillo de plata

fanfarronadas de minifalda negra, sonámbula en el
aire escaso que mueven los ventiladores de techo,
lycra apretada a las piernas disco de pasta que una
púa escarba en su herida fatal y también

aquel monedero secreto en la liga; con unas separadas
monedas de níquel.

Porque alguien supuso que nos habían dejado pupilas
en ese café; entre el raspado sonido de las tizas en los
billares y la caída de los dados en lujosa intemperie.

Porque alguien sospechó nuestras camitas de hierro
encalladas en habitaciones de cal saliva quieta inmóvil
venenosa, que supura cuadernos de lívida caligrafía

Con zapatos de charol nos llevaron al cementerio de
automóviles

con vestidos de piqué almidonado

con guantes de encaje blanco hemos visto el fuego de las
fundiciones

fotos en sepia con mujeres embalsamadas en sindicatos
vacíos aguas infames cruzadas por un ballenero
espectral aguas confusas
y ese esfumado de cenizas de marzo ese musgo esa
vergüenza en el corazón ¿lloraba?

De túneles se hizo nuestro impermeable en la lluvia. Su
sombra proyecta en el empedrado una naturaleza
cinematográfica y los focos iluminaban el puente como
algo construido para otras razones.

El cielo suelta un agua acostumbrada a la oscuridad,
espumas de crisálida en un patio encerado
__es cierto, después de la belleza no hay nada__
nos movemos en el circuito de arcilla empapada.

Vemos entre la niebla nuestros vestidos alzados por el
remolino de lluvias.

Nuestros vientres baldíos, con el encerrado perfume de la
desobediencia, se agitan bajo las sábanas como en un
nacimiento

Muchachita parda:

 estos roces estas anotadas palabras de
tu hermana melliza de gemelas piernas untadas de la
misma seda gris
desprotegidas en los zaguanes /afligidas / en marchas
furiosas sobre las plazas abiertas / acariciadas en autos de
oxidadas carrocerías y orgullosas y lentas
soberbias. Solas en estas calles de perdidas metáforas
porque la belleza ocupó totalmente nuestro corazón. La
nobleza puso su pluma rara de halcón en nuestra frente

En una patria de canallas, de bocas errantes en salones
reservados; nosotras fuimos buenas

nuestras espaldas no fueron ambiguas
la promiscuidad no besó nuestros pechos en su catre de
plata
la pornografía no consume nuestros granos de arroz,
nuestras medallas de peltre nuestra agonía era el
paisaje donde los ciudadanos sacaban a pasear sus Dogos
Argentinos
nuestra noche fue inmensa grotesca nuestra aparición
en las fiestas familiares desdichados los agujeros de la
memoria
con plazas que se vaciaban, como un tajo profundo deja
sin sangre un rostro
pálido embaldosado con crespones que el viento
arremolina

Nosotros también nos alejábamos

¿La derrota era ese mirarnos los unos a los otros como
apuñalados?
tristes azules las bocas y preguntas o perros mutilados
en las playas de invierno

¿lloré por ti cuando caías?

¿Estuve. frente al arenero que quita del corazón su
lastre de ceniza fría, sus sorbos de veneno, su desmedida
sombra?
un resoplo de sollozo y turbación abeja que absorbes
una flor inestable arenero nocturno
arrancabas de nuestra sangre las porcelanas sucias de la
fiesta ese cavar de agua enferma arenero y perturbas
al que trata de conseguir un poco de sueño un sonido

a sábanas frías, marchitas sobre la espalda estrecha;
morboso de aluminio negro, sin jarro de agua con vinagre,
sin jergón, sin séptimo día.

“vivimos en un mundo de sutilezas. La materia
no es grosera como parece; es sutil.”

con los ojos embotados del que atraviesa fumaderos de
muebles corruptos
las uñas aprietan esos cuerpos que se hunden en la zanja
del corazón con sus alambres de púas, sus violetas del
precipicio, las citas fracasadas y esquinas que doblan
hacia el paredón de las curtiembres
acumulada nieve sucia memoria donde la patinadora
gira con una vela en la mano y su pasión impregna aquel
pañuelo bordado con las iniciales de tu nombre

y yo no lloraba cuando caías
no respiraba con los párpados quemados
no sonreía en las fotos
no construía los altos peces del cielo
pero de la agitación de esos días en el vacío, recito sus
estremecimientos

La belleza nos retuvo en su vientre como a un niño no
nacido

Como algo no acabado estuvimos en el mundo.

Como alguien que no tiene párpados estuvimos
insomnes en pasillos que nadan en círculos

Y como alguien que no tiene cuerpo estuvimos en
Hoteles donde nadie nos besaba

pero fuimos los mejores
porque la belleza ocupó totalmente nuestro corazón.

Se escucha caer el agua sobre las lozas de la pileta.
Llagas de la noche. Paseantes entre sillas desnudas. Boca
sobre boca. Horas de la estación cerrada.

Me pregunto si no seremos el espectro de aquellos que
degollaron los hombres de Mataderos
gargantas fijas que el crimen pule
cabezas rapadas en celdas
y ahora los meses de la peste
y ahora envolvernos en capuchas monásticas

Lloraba por ti?

hay un espacio de mástiles vaciados donde el
pensamiento es gangrena lámparas sobre nuca en las
que gotean las noches de vidrio. En la avenida desierta
giran errantes papeles como matas desgraciadas
y sin rezar en la dañina oscuridad mercurio que se
desprende de la caricia. El agua cae sobre cuchillos sucios
alto muelle desde el que miras zambullirse a los
buscadores de perlas y la aleta del tiburón desliza un
triángulo de sombra en el agua abúlica.

Todos somos hijos de la tormenta.

Apaga ya esa luz en la cabina; que el macabro olor a
cebo se desparrame en la niebla

Hemos velado durante la inmensa noche. Tanta sombra
tienen nuestros cabellos al viento.

Todos somos hijos de la traición.

Hemos visto la hemorragia fría de los faros perderse en
un asfalto lento

desvalidos dedos en un piano

esa arena en la boca nuestras delgadas sienes en la

pared que se derrumba saliva de los compañeros

pero no cubrí tus hombros con el pañuelo de seda

no cubrí tu vientre con las uñas esmaltadas de rojo

de tu garganta no quité las cenizas

y no pude no lloré cuando caías.



PUERTO DE FILIBUSTEROS

a Leandro Regúnaga

con un canto en los labios para la oscuridad, amarran sus
ocres barcazas.

Las luces son ilusorias y tiemblan en la intemperie.
El agua hasta las rodillas empobrece esos cuerpos que el
mar ha preparado para las tormentas.
Encaramados a la caldera escuchan el silbo de la pasión.
Navegar ha sido ese desdoblamiento de metales y carbón,
para que una tabla busque su isla entre sargazos.

Una ambición de ligas prostibularias (lentos encajes
adornando satén) anima los dedos que arrastran sogas
hasta la muralla donde el agua termina: vaivén de caderas
oscuras y licor derramado en esas mujeres que el sueño
hace bestiales.

El puerto es sólo una herida de luces en tierra
y van con las bocas abiertas donde brilla el diente de oro;
en los puños cosida la misteriosa perla que sólo el amigo
íntimo quitará de las ropas.

La muerte es ese olor a pólvora mojada a carne curada
en un humo de astillas y vísceras
trapo que la sal penetra la muerte es poca cosa
un aleteo de pájaro en el hombro.

Ahora enrollar la velas con un pesado deslizarse en
cubierta. La muerte es esa lona que el viento ha trabajado
como un amante brusco y ahora cae rota en la madera,
retorcida en su abandono
poca cosa esa lona una mujer caída. Los ojos tienen el

temblor que aguarda ante un cuerpo desnudo.

Atrás, la memoria contempla una mansa
pradera y el nacimiento apretado de pobres casas contra
un filo de piedra.

El llanto de cachorros abre el aire, como un tubo inunda
una estancia de desdichada ventilación atrás,
el crimen era de los Príncipes y los ahorcados estaban en
los caminos como un crecimiento fantástico del triste
pendular de máquinas de relojería.

¿qué atavismo hace a un hombre comer
el corazón que aún se contrae y dilata en su latir; enterrar
entre dientes esa carne amorosa, como dicen que pudo El
Olonés orgulloso en una iglesia de espadas?

amarrar los barcos se tira un gancho hacia el muelle y
la memoria padece ese esbozo de casas con lámparas que
palpitan sobre arena fría

retener un corazón para siempre El
Olonés sería un enamorado eterno deslizar de un
corazón tocado contra un paladar que el crimen
manifiesta como luminosidad atravesando un vitró

y luego ese arrastrar de baúles en la explanada tensa
y la intimidad de los cofres perlas que coagulan en
terciopelos magros obsceno deslizar de collares en el
encierro esmeraldas apretadas por un hilo encerado
el peso de las sedas acumuladas en bodegas turbias de
moho

esa mezcla promiscua de lujos y crímenes en el vientre de
un barco sonámbulo

Los brulotes con sus sombríos barriles de pólvora
avanzan en la noche con un clavo de fuego enterrado en la
tabla.

El mar estalla su espuma convulsa. Verrugosos
crecimientos de corales y algas, se adhieren al casco
barco de desdichados rostros con un único ojo sombrío
alzado contra el sol maloliente
y los lastimados pidiendo ron olvido de esa mano que
se deshace en el puente alucinados de un barco fijo,
chalupas con sus tristes bancos que la lluvia alarga,
aceites de lámparas que la tormenta mezcla con sus raros
desvíos
lenta penumbra contra fardos que cubre un turbio
algodón
ahora, explicar esas costras, esa costura en el muslo la
boca apretada en un vidrio ahora explicar esos pómulos
que la sal ha cavado

¿quién vive? en la noche de barcos ¿quién vive?

¿Quién desata el cordaje que sostiene a los demorados en
un barco perpetuo?

¿Quién atraviesa, en altas horas, una plaza vacía? a un
costado la fuente pierde su fúnebre saliva y en el borde de
un espectro de jazmines; el espectro del hermano
ahorcado en Maracaibo

¿quién sepulta al hermano en el abismo de aguas rápidas?
calavera incrustada en telas negras única bandera que
toca el hueso de los hombres

Piratas de Tortuga Isla para los obstinados
ningún objeto de la tierra merece que nuestros dedos
entierren un doblón de plata en boca de banqueros.

Ciudades con sus altas murallas de vidrio en la noche
de barcos ¿quién vive?
constelaciones de estrellas ingratas sobre nuestras cabezas
rapadas, en el aire de ahorcados ¿quién vive!
una híbrida acumulación de minicomponentes en los
escaparates,
eso es todo
y los cantores de zarzuela caídos en un mostrador de
mármol.

Ya no hay Islas embrutecidas por el deseo, las
galápagos rompen su frente contra las vidrieras que
exhiben un lujo de compactos que cantarán sobre el oído
de nuestras desdichas su pesado blues, su armónica rara
quejándose en la piedra de las catedrales.
Ya no hay Islas ya no hay nada que merezca una línea
de sangre
ya no hay sombras de las sombras de los barcos que el
rencor echó al mar como un vómito de las tabernas, de los
muelles de Liverpool, prostíbulos de Marsella, de los
hospicios de Dublín ciudades maliciosas estopa
jergones del hambre, la pesadilla, el daño torturada
rebanada de pan en una sopa de cebollas ya no hay
ciudades.
Ya no hay odio contra el crimen de los Príncipes
sólo deseos de alcanzar un objeto sintético, girante tras el

vidrio como un carrusel atrofiado

¿Quién vive en la noche de cabinas ardiendo?

quién tiene un cuchillo en la media?

quién entibia una máquina densa en el íntimo bolsillo de la campera de cuero?

quién vive en la costa de ciudades pálidas como ese lento cadáver que no tuvo cuerpo?

quién busca al ángel rubio y le pone una estaca de plomo en la frente?

quién entra con altas botas en la Plaza de Maracaibo y quita al hermano de la horca; envuelta su triste sangre, su carne humillada en patio desolado y lo devuelve a las frías aguas rápidas y el rezo de los lastimados que suplican ron olvido de esa mano que el puente derrama

¡atrás los remos! ¡atrás los botes en la marea alta de los corazones que vuelven a los hoteles a pernoctar entre cal amarga!

atrás los huérfanos! atrás los desobedientes en botes que el oleaje alza hacia un cielo de un clásico gris de dinamita!

Porfiados con sus desdichadas uñas arañando el ojo de Dios. No hay nada que mirar debajo de esa boca que habló para expulsarnos.

No hay Jardines no hay Islas sólo rincones con hombres que tienen sus párpados flotando en un cuenco de cerveza.

La velocidad de las avenidas concluye en aguas pardas, hinchadas como un golpe de Buenos Aires hablo de la niña sonriente en el burdel. Nuestras ensoñaciones terminan en el estrecho mirar hacia la asfixia del agua donde bogan envases vaciados y un fantasmático desplomarse de oxidados cuerpos hacia

las argollas de petróleo flotante
costanera de los cobardes
balcón donde la memoria llora apretando sus delgadas
rodillas rotas

¿quién vive? quién deambula en la
noche de hierros, con un frasco de ácida furia sostenido
entre dedos nerviosos?

quién pidió y no le dieron? y pidió y le pegaron?
y pidió y lo mataron?

en la corrosiva cúpula de las Metrópolis
¿quién vive con nucas marcadas por la alquimia de los
orfelinatos?

largos paredones de las curtiembres ampollas de pánico
débiles comiendo en escudillas de estaño jeringas con
líquidos fuertes

quién vive después de mirar y comprender
expulsados de la patria, del hogar, de las copas de
borgoña, del papel suave de las cartas expulsados de
la adolescencia, de canciones que derrama un disco negro

Hombres de la Tortuga hermanos de
una costa que es sueño y desobediencia memoria
perpleja barco errado entre corales
y los muertos sin docilidad sin nombres en la tumba
sin dedos en la sombra arcillosa lenguas dobladas sobre
una palabra que tembló en paredones de ese arrabal
amargo

hombres de Yucatán, de la Malasia, de la lunática Costa
Bereber; hacinados en una barco palúdico febriles los
astrolabios cartas de navegación bajo una lámpara de
cinco puntas orilla enferma de una isla que es patria
para los bucaneros, suposición la sífilis deja su grano
de oro en el cráneo donde el pensamiento es ceniza

líquido error
espalda para los traidores
animales de espinazo doblado sobre la pólvora
camarotes que el sarro entristece y cubre al dormido de
maderos cruzados.

Honorata de Van Guld durmió envuelta en esa sábana
de fiebre.

Enlutado corsario frente al traje de una mujer maldita.

La desolada Plaza de Maracaibo entre el amor de los
cuerpos

y un hombre que llora arrojado entre cuerdas

y una mujer que la tormenta hace vana desleída en la
lluvia alzada en un bote que la ráfaga consume.

No hay olvido no hay Islas
el perdón come mis uñas galletas húmedas humo de
astillas verdes.

Caen derrotados los dados en la mesa.

Un estrecho corredor deja mirar la ciudad lejana en su
abundancia de hoteles donde el asma hierve puñados de
eucaliptus.

No hay Islas no hay bosques con
ganado salvaje
no hay pasión que merezca una línea de tinta
sólo mercados en veredas angostas sólo imbéciles
mirando como caen las fichas en máquinas donde la
derrota es segura llaves en las rajaduras de las puertas,
escalones de asfalto.

Todo es inundación y mujeres de rápidas piernas en la
espuma de los colchones.

Hombres de la Tortuga hombres sin
otra fe que la velocidad de sus navajas
remos acercados al agua jadeo cavan el agua donde
el tiburón nada en círculos.

Errabundos fanales de proa alumbran ese espacio mínimo
renglón que mi mano tensa y es acero que repite una
herida monótona

despiertos bajo un foco blues de los que contuvieron su
garganta con el luto de una media
de los llevados a un baldío para llorar, extendidos en un
catre de hierro, esa ausencia de goleta que el horizonte
pierde como arena en un guante

adiós,

filibusteros que entraron a las ciudades arriando monjas
negras con un pálido cuchillo; que pusieron sacos de
pólvora en la capucha de los frailes y los hicieron avanzar
entre tiendas abandonadas avanzar sobre las piedras
de calles angostas y las casas tapiadas, duras de cal, eran
una incesante floración de sudarios bordeando
explanadas húmedas .

Devoradores asaltando una ciudad perdida arrancando
las copas de oro en las iglesias, la dura porcelana de las
virgenes muñecas lascivas con largas cabelleras muertas
y la tallada madera de los cristos y lo azul del manto
incrustado de perlas; arrojados a un fuego más voraz que
el Infierno que hierve mas allá de las islas.

Hombres con un rústico fieltro caído sobre la ausencia de
un ojo que miró lo suficiente

en habitaciones donde la rapiña se instala desnudas las

mesas de sus manteles de hilo crudo el viento morbosos
de los trópicos entra por ventanas reventadas y el hambre
busca muslos blancos, gargantas españolas.

Muchos días arrastrando cañones de bronce y pesadas
cajas de arcabuces a través de la selva los abiertos ojos
de la lechuza en el bosque cerrado las sienes insoladas
los amputados con el triste muñón envuelto en trapos
y todo para lanzar un furioso garfio contra la ciudad
perdida botín perdido lengua castellana
y todo para nada ese despertar bajo un sol
malsano que pudre las maderas y fermenta huevos de
mosquitos en las ciénagas

y todo para nada el barco no está en el agua quieta.
El barco no supo esperarlos. Se fue con la vajilla de los
Príncipes

y todo para nada Han quedado solos en una ciudad
extraña .

Desencajadas, las vigas caen entre un desangrar de flores.
Las puertas, arrancadas de sus goznes, dejan entrever
interiores trémulos donde las mujeres se arrastran hacia
palanganas de un agua intranquila donde flota, inerte,
una hoja de hiedra

párpados caídos sobre la traición hombres absortos, sin
barco; miran el agua donde el horizonte es fuga
la boca sucia de ron el pecho tatuado por la Rosa de los
Vientos

abandonados en una ciudad peligrosa; inestable en sus
consumidas murallas

alcobas con un hedor a muertos, a humillación.

Los ojos azules de los caimanes vigilan la debilidad de
unos hombres que el abandono retiene en una ciudad
española

de mantillas rotas en los altares
de cobardes sin respiración en los sótanos
la mórbida niebla de los pantanos y la selva que los ciñe
con el empecinamiento de una mulata
nada una ciudad arrancada de sí, entre dedos
palúdicos.
Eso es todo.

 ¡Atrás los botes! ¡atrás las chalupas en
un mar impasible.
La estática loza del cielo, desganada, se estira sin nubes
 ¡atrás las tablas y a los remos! con un
canto en los labios ¡a quebrar la quietud donde Dios no
tiene verbo!

 Hombres a los remos! oprimir el
agua que se resigna con espuma en los labios orilla de
la ciudad saqueada ¡a los remos! pluma desencajada
pájaro de la traición picoteándoles la frente
¡a quebrar ese apacible relato de aguas y cielo!. La lengua
de Dios conoce el ácido de sus cuchillos y no habla en el
Caribe.

El puerto es sólo una herida de luces en tierra
remolcadores que guían un navío hemipléjico entre
túneles líquidos.

 No hay Islas no hay costa para los hermanos que
odiaron.
Sólo camiones frigoríficos atraviesan las rutas heladas.
Sólo adolescentes que la fiesta consume. Luego aparecen

en un auto incendiado; las manos atadas por un breve
corpiño de lacre.

No hay mapas no hay brújulas con el cuadrante roto
por el calor de los trópicos.

errar incierto entre faros y oleaje Filibusteros
hombres con un pobre designio en unos pobres barcos
empujan los remos con un canto entre la oscuridad de los
corazones.

Un golpe de muleta sobre la madera hinchada de los
botes.



Final

ARBOLES ESFUMADOS

a Leonor García Hernando

la veo a Mardou apoyada en el estropeado Plymouth
y recuerdo que su novelista soñaba con los claros del
bosque
pero murió en un hospital
la veo al dorso de la última página siguiendo el recodo
del camino
acosada por un perro que le olfatea los zapatos
estoy pasando un mal momento memorias
del novelista muerto en un hospital cuando miro absorto
por la ventanilla
estoy pasando un mal momento y ya en abril
el sol esfuma los árboles del jardín zoológico
ella probablemente eche el pelo detrás de la oreja y los
flamencos alisarán sus plumas
estoy pasando un mal momento finales de lo mismo
melancólicas armonías.

Pedro Donángelo 3/4/80



DATOS DE LA AUTORA

Leonor García Hernando (1955-2001)

Integró el Taller Literario Mario Jorge De Lelis, el Grupo Literario Las Cuarenta y en la revista Mascaró tuvo a su cargo las páginas de crítica y publicación de la sección literaria. Publicó los libros de poesía Mudanzas (1974), Negras ropas de mujer (1987), La enagua cuelga de un clavo en la pared (1994), Tangos del orfanato/Tangos del asesinato (1999) y El cansancio de los materiales (2001). Su obra está inscripta en los hallazgos más viscerales de la historia de nuestra poesía. La oralidad, los cambios de ritmo y la construcción de las imágenes avasallantes dejaron huella en las nuevas generaciones que buscan en su palabra el latido de la Argentina que fue.

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in
garcia_hernando_Tangos_del_orfelinato_Tangos.epub.

